

te. Pero como los insurgentes seguían disparando siempre fuera de tiro en cuanto divisaban á los nuestros, no nos fué posible venir con ellos á las manos, y el descalabro por ambas partes fué insignificante. Sin embargo, entre muertos y heridos le inutilizamos algunos centenares de hombres al enemigo, y muchos más huyeron dispersos y escarmentados de la improvisada carrera de las armas.

Blake, que había regresado con unos treinta y seis mil hombres sobre Balmaseda, se retiraba ahora con algunos menos hacia las gargantas de las montañas; pero toda la agilidad de sus soldados no hubiera bastado á evitarle el verse envuelto y cogido prisionero, si el cuerpo del mariscal Víctor se hubiese hallado en disposición de caer sobre sus espaldas. Mas el general Víctor por su parte no emprendió hasta el día siguiente su marcha hacia el objeto que no debía jamás haber perdido de vista, mientras que el mariscal Lefebvre entraba en Balmaseda. Reunidos ambos por fin, hallábanse en disposición de arrojarle á todo contra el ejército español. La única dificultad era el modo de mantenerse, siendo el cultivo raro en medio de aquellas intratables montañas y careciendo nuestros soldados de todo. No sufrían menos privaciones los españoles, y en esta desnudez recíproca, quien padecía era el país, saqueado y talado sin descanso. Balmaseda y todos los pueblos circunvecinos eran despiadadamente devastados y aun á veces entregados á las llamas para servir de hogueras á los dos ejércitos.

Supo Napoleón el día 9 por la mañana que sus tropas habían vuelto á tomar la ofensiva, y que bastaba que se presentasen para que el enemigo huyese á su vista (1). Aunque no tenía una grande idea del valor de los insurgentes, sin embargo, antes de haber adquirido la experiencia completa de lo que valían, había desplegado en todos sus movimientos más prudencia de la que era necesaria; pero desde el 9 por la mañana, sin más titubear, mandó al mariscal Soult que avanzase en dirección de Burgos con el segundo cuerpo y una buena porción de caballería. Mandaba el bizarro Lasalle la caballería ligera de este cuerpo, compuesta de cazadores y polacos de la guardia; agregósele la división de Milhaud, que consistía en cuatro soberbios regimientos de dragones, reuniendo un total de diez y siete á diez y ocho mil infantes y cuatro mil caballos. Acababa de recibir Napoleón la noticia de que las tropas de Extremadura habían asomado por Burgos, y mandó al mariscal Soult, sin esperar al mariscal Ney ni la guardia, que avanzase y pasase por medio de las tropas españolas que llevaban su atrevimiento hasta situarse tan cerca de él y les tomase la ciudad.

El mariscal Soult, que desde la víspera se hallaba en Bribiesca, dió orden inmediatamente á las tres divisiones de Moutón, Merle y Bonnet para que se reuniesen en el camino de Bribiesca á Burgos, en las cercanías de Monasterio. Tenía la caballería de Lasalle adelantada y la de Milhaud con su cuerpo de batalla. En Burgos es

(1) No huyó Blake después de la ventaja que consiguió contra Villatte en Balmaseda; lo que hizo fué ejecutar una prudente retirada ante las tropas de Lefebvre y Víctor reunidas, que eran muy superiores en número á las suyas. Si el retirarse ordenadamente es huir, Thiers cubre de mancilla de una plumada el nombre inmortal de Jenofonte. (N. del T.)

donde comienzan las llanuras de Castilla y para recorrerlas al galope persiguiendo en ellas á los españoles fugitivos había llevado consigo Napoleón una masa considerable de dragones.

El día 10, desde las cuatro de la madrugada, puso el mariscal Soult en movimiento su cuerpo de ejército por el camino de Monasterio á Burgos, con la caballería ligera de Lasalle y la bizarra división de Moutón á la cabeza, la división de Bonnet y los dragones de Milhaud en segunda línea, y la de Merle, que era la más distante de las tres, á retaguardia. Habían salido de Burgos unos doce mil hombres del cuerpo de Extremadura para pasar el alto Ebro y proteger en Frías la derecha del general Blake, con arreglo á lo resuelto en el consejo de guerra celebrado en Tudela. Quedaban reunidos en Aranda, camino de Madrid, unos seis mil hombres de este cuerpo. Los doce mil que habían pasado de Burgos componían, como todas las tropas españolas, una mezcla de tropas veteranas de línea y voluntarios, paisanos, estudiantes y gentes de toda especie. Este cuerpo contaba en verdad con algunos batallones de guardias walonas y españolas, que eran los mejores soldados de toda España. Tenía numerosa artillería, bien tirada y servida; mas reconocía por jefe, en ausencias del capitán general Galluzzo, al marqués de Belveder, joven inexperto que había salido á recibir á los franceses con la más loca presunción.

Al quebrar el día, la caballería de Lasalle, que marchaba á la cabeza del cuerpo de ejército, se encontró con las avanzadas españolas, empujó con ellas un ligero tiroteo, y se replegó sobre la división de Moutón, porque los obstáculos que se presentaban sólo podían vencerse con infantería. Siguiendo la carretera adelante, y acercándose á la ciudad, había á la izquierda un riachuelo que lleva el nombre de Arlanzón, el cual va contorneando la falda de los poblados montes de la Cartuja; al centro estaba el bosque de Gamonal, que atraviesa el camino real, y á la derecha las elevaciones del parque Villimar, cuya cumbre ocupaba el castillo fortificado de Burgos, dilatándose la ciudad al pie. Tenían los españoles tiradores apostados en las alturas á derecha é izquierda de esta posición, su principal infantería en el bosque de Gamonal, interceptando el camino real, su caballería á la vera del mismo bosque, y su artillería avanzada. No bien llegó á aquel terreno el mariscal Soult, puso en movimiento la división de Moutón para vencer el principal obstáculo, que era el bosque de Gamonal. Formó á retaguardia su caballería, para lanzarla sobre los españoles así que el obstáculo del bosque quedase vencido, y algo más atrás aún la división de Bonnet para que tomase las alturas coronadas por el enemigo, si oponía alguna resistencia; avanzó el ilustre general Moutón sin vacilar con sus cuatro regimientos veteranos, el 2 y 4 ligeros y el 15 y 36 de línea, y embistió el bosque de Gamonal. La artillería española con impetuosas descargas nos deshizo al pronto algunas filas; pero nuestros soldados, cerrando á la bayoneta, penetraron en el bosque arrollando á las guardias españolas y walonas, y le atravesaron con asombrosa rapidez. Al verlo el ejército enemigo, se desbandó con celeridad inaudita, abandonándolo todo, banderas, armas, cañones, en tales términos que las tropas que le perseguían recogieron dentro del bosque más de veinte piezas. To-

das las alturas circunvecinas fueron igualmente abandonadas, y la mayor parte de los fugitivos se entraron en Burgos ó pasaron el Arlanzón para ponerse más pronto en cobro. Lasalle y Milhaud pasaron también el río, vadeándolo en parte y por los puentes que le atraviesan, y se precipitaron á escape sobre los soldados dispersos de Extremadura, de los que acuchillaron considerable número. La infantería del general Moutón entró en Burgos persiguiendo á los españoles, recibió disparos de muchos conventos que entró á saco, y se enseñoreó, así de la ciudad como del castillo, que no había cuidado el enemigo de poner en estado de defensa. Esta jornada, llevada á término con una sola acometida de la división de Moutón, nos hizo dueños de Burgos y su castillo, con doce banderas, treinta bocas de fuego, y cerca de novecientos prisioneros, sin contar los fugitivos que fueron capturados ó quedaron acuchillados en la llanura. Se calculó en más de dos mil el número de los que perecieron ó fueron heridos por nuestros jinetes á la salida de Burgos. Con soldados tan ágiles en la huida, no había más medio para disminuir la fuerza del enemigo que acuchillar á los fugitivos, porque era imposible hacerlos de otro modo prisioneros. Dedicóse el mariscal Soult á restablecer el orden en la capital, donde en los primeros momentos reinó la mayor confusión, por la unión de los vencidos con los vencedores y la dispersión de casi todos sus habitantes. Sin embargo, á los pocos días aquella importante ciudad volvió á recobrar su acostumbrado aspecto.

Impaciente Napoleón por hacer del punto central de Burgos el eje de sus operaciones, se apresuró el día 10 á adelantar su cuartel general. Había pasado la última noche en Cubo, y el 11 se presentó en Burgos. Durante su permanencia en Vitoria había tenido cuidado de mandar construir en Miranda, en Pancorbo y en Bribiesca apostaderos, que eran una especie de fortalezas, capaces de contener un hospital, un almacén y un depósito de municiones, y en los que pudiesen las columnas de marcha descansar, tomar vituallas y dejar los cansados ó enfermos fuera del alcance de las guerrillas. Había en efecto comprendido en su habitual perspicacia que en un país donde la fuerza regular era tan poco formidable y donde las tropas irregulares causaban tantos daños, habían de verse necesariamente muy comprometidas sus comunicaciones. No daba por lo tanto un solo paso hacia adelante sin procurar asegurarlas.

Entró Napoleón en Burgos de noche é incógnito, fiel á su sistema de dejar para José todos los honores reales, reservando para sí exclusivamente la parte odiosa de los rigores de la guerra (1). Mandó quemar el estan-

(1) Sobre esto citaremos otra carta de Napoleón que nos parece digna de ser transcrita:

*El emperador al rey de España.*

*«Cubo, 10 de noviembre de 1808.*

»Salgo á la una de la noche para poder entrar en Burgos, de incógnito, mañana antes de quebrar el día. Allí terminaré mis disposiciones; porque nada se adelanta con vencer si no se saca partido de la victoria.

»Creo que debes pasar á Bribiesca mañana.

»Entiendo que cuanta pompa y etiqueta yo evite, otra tanta debe usarse contigo. En mí estaría mal con el oficio de la guerra, y en suma no la quiero.

darte que había servido para la proclamación de Fernando como rey, recibió al clero y á las autoridades con extremada severidad, y tomó la actitud de conquistador irritado, revestido con todos los derechos de la guerra, y dispuesto á ejercitarlos todos sin lenidad mientras no se interpusiese la clemencia del rey José.

En los almacenes de Burgos y sus cercanías había grandes acopios de lanas, que pertenecían á las casas principales de España, como eran los duques de Medinaceli, de Osuna, del Infantado, de Castelfranco y otros á quienes se proponía Napoleón escarmentar severamente, perdonando sólo á los de clase inferior. Mandó confiscarlas, no bajando su importe de doce á quince millones de francos, y proyectaba venderlas al comercio de Bayona á precio ínfimo para dar fomento á las fábricas francesas, é invertir inmediatamente su producto en indemnizar á los franceses que habían padecido daños en Valencia, Cádiz y las demás ciudades de España, ó en aumentar el tesoro del ejército. Había hasta el presente cedido al senado todas las banderas ganadas á los ejércitos enemigos, y quiso que el cuerpo legislativo participase también de estos trofeos, para lo cual le hizo donativo de las doce banderas que había ganado á las guardias española y walona, deseando atenuar en Francia todo lo posible la mala opinión que iba cundiendo acerca de la guerra de España.

Pero para él estas atenciones eran meramente accesorias; la principal y más urgente era la dirección de las operaciones militares. Llegado que hubo á Burgos el 11 despachó inmediatamente sobre Lerma y Aranda al general Lasalle con su caballería ligera para repeler á los españoles hasta la falda del Guadarrama, dejar limpio de insurgentes el país y expedir el camino á las columnas destinadas á coger á los ejércitos españoles por la espalda. Mientras enviaba á Lasalle directamente por delante, llevaba á la derecha los dos mil dragones de Milhaud sobre Valladolid, con encargo de acuchillar á los fugitivos, de hacer prisioneros, de destituir á todas las autoridades puestas en nombre de Fernando VII y de poner en su lugar otras en nombre de José. Pero lo que más le urgía y lo ejecutó inmediatamente dando á las tropas un solo día de descanso, fué encaminar desde Burgos hacia Reinosa al mariscal Soult con el segundo cuerpo para precipitarle sobre las espaldas de Blake. En efecto, una vez dueño de Burgos, ya podía considerarse como llegado el momento de caer por derecha é izquierda sobre las espaldas de los ejércitos españoles, empezando por el que Blake mandaba, puesto que era el que actualmente se las había con los genera-

»Es preciso que salgan las diputaciones á recibirte, y que lo hagan con toda solemnidad y acatamiento. A mí llegada tomaré disposiciones para verificar el desarme y quemar el estandarte que sirvió para la proclamación de Fernando. Da tú el impulso para que se vea que la cosa va de veras.

»Me anuncian que el ejército de Extremadura ha quedado destruido. Era una infame canalla fanfarrona que no ha sabido resistir á una sola brigada del general Moutón.

»Si sabes algo de la parte de Orduña ó de los mariscales Lefebvre y Víctor, escríbemelo; pues sólo la esperanza de tener noticias de esa parte me hace permanecer aquí.

»El general Dejeán, que manda mil caballos en Miranda, ha recibido orden de proteger el paso de los españoles que van con nosotros, de los trenes que se encaminan á Burgos, de las arcas, etc.

»NAPOLEÓN.»



les franceses, y contra el que convenía marchar si se quería llegar á tiempo para sorprenderlo por retaguardia. Mandó Napoleón al mariscal Soult que partiese á marchas forzadas de Burgos el 12 por la mañana, y que con un movimiento retrógrado por la derecha, se encaminase por Huermez y Canduela hacia Reinosa.

Era probable que si hubiera sido batido el ejército de Blake, el mariscal Soult le encontrase yendo de retirada, y que si, en vez de retirarse ordenadamente como hacen los ejércitos regulados, se dispersaba en bandadas de fugitivos, pudiese al menos cogerle algún botín y prisioneros. De Reinosa debía dirigirse el mariscal Soult sobre Santander para sojuzgar á Asturias. En esta marcha de su mariscal entreveía Napoleón dos ventajas: primera, envolver á Blake, y segunda, restituir al segundo cuerpo, que era el antiguo de Bessieres, su primer destino de ocupar á Castilla la Vieja y el reino de León, país que le era ya familiar y donde estaba acostumbrado á maniobrar. Era también su proyecto, así que los mariscales Lefebvre y Víctor hubiesen terminado sus operaciones en Vizcaya, llamarlos por la vía de Vitoria, donde les esperaba su artillería que no habían podido llevar consigo por las montañas, atrayéndolos por Miranda y Burgos al camino de Madrid. El mariscal Soult, en marcha con toda su artillería, que no había tenido que dejar atrás siendo dueño del camino real, tenía cuanto había menester para las operaciones que les estaban encomendadas.

Aquel mismo día buscó Napoleón los medios de prepararle un refuerzo considerable. Hablábale vagamente de los ingleses en Burgos, y muchos prisioneros, interrogados con estudio, habían denunciado su presencia en los caminos que conducen de Portugal á España. Otros habían hablado de ingleses desembarcados en la Coruña y encaminados por Astorga sobre León. Las cartas interceptadas en el correo contenían iguales indicaciones. Era evidente que, sin saberse precisamente la época en que se daría con ellos, se los iba á encontrar de seguro en las llanuras de Castilla la Vieja, ya acudiesen desde Lisboa á Salamanca hallándose establecidos en Portugal, ya pasasen de la Coruña á Astorga después de desembarcar en Galicia. No creía Napoleón tenerlos tan cerca como en efecto estaban, dado que el plan británico se llevaba á cabo escrupulosamente. Los destacamentos de John Moore habían dejado ya atrás á Badajoz y Almeida, y el de sir David Baird, finalmente admitido en la Coruña, avanzaba sobre Lugo y Astorga. Pero poco le importaba á Napoleón que los ingleses estuviesen más ó menos distantes: al contrario, anhelaba verlos empeñados en lo interior de la península, de manera que no pudiesen volver al litoral, y con arreglo á esta previsión tomaba todas sus medidas para derrotarlos. Había resuelto reunir al mariscal Soult el cuerpo del general Junot, traído de Portugal por mar, conforme al convenio de Cintra, que los ingleses habían lealmente cumplido á pesar de sus amargas censuras. Ya había enviado órdenes para que dicho cuerpo fuese armado de nuevo, reorganizado y puesto en situación de volver en breve en línea. Despachó desde Burgos nuevas órdenes para que la primera división, que mandaba el general Delaborde, pasase el Bidasoa el 1.º de diciembre, para que la segunda, que era la del general Loíson, marchase inmediatamente después; y la tercera, que

acababa de confiar al general Heudelet, pero que estaba menos preparada que las otras dos, siguiese á éstas en el más breve término posible. Abrigaba Napoleón la confianza de que este cuerpo, ya bien aguerrido, daría pruebas inequívocas de querer vengar la derrota de Vimero, y sería capaz de hacerlo. Resistiendo de frente á los ingleses los cuerpos del mariscal Soult y del general Junot, podría él desde Madrid, donde proyectaba hallarse muy en breve, operar sobre sus flancos y espaldas de una manera tanto más decisiva cuanto más se les dejase avanzar. Así, pues, en aquellos momentos sólo pensó en los ingleses, cuyo apareamiento era muy fácil prever, para disponer los medios de detenerlos más adelante en su marcha.

Después que hubo partido el mariscal Soult, Napoleón, que había quedado solo en Burgos con la guardia imperial y parte de los dragones, aceleró el movimiento de las dos divisiones del mariscal Ney sobre esta ciudad, destinándolas á operar más tarde sobre las espaldas de Castaños, cuando hubiese acabado con el general Blake y pudiese desguarnecer su centro en beneficio de su izquierda. Tenía trazado todo el itinerario del mariscal Ney sobre Burgos, por Haro, Pancorbo y Bribiesca.

Mientras enviaba al mariscal Soult á Asturias sobre la retaguardia del general Blake, los mariscales Lefebvre y Víctor continuaban persiguiendo al general español por la Vizcaya. No encontrando Lefebvre resistencia formal en Güeñes el día 7, entró en Balmaseda el 8, y envió delante hasta las cercanías de Bárcena la división de Villatte que le habían prestado por unos cuantos días. El mariscal Víctor, por su lado, reconvenido por haberse querido alejar de Vizcaya, había vuelto sobre Balmaseda por la vía de Orduña, Amurrio y Oquendo, y se había reunido el 9 cerca de aquel pueblo con el cuerpo del mariscal Lefebvre, que veía compensada la desventaja de la nueva dirección que se le había dado con el beneficio de recuperar la división de Villatte y de poder chocar con un enemigo ya desalentado y batido. Vió al mariscal Lefebvre el día 9 y le prometió que en su marcha procedería de concierto con él; pero al día siguiente, temeroso de perder nuevamente la división de Villatte, se apresuró á repeler sin descanso al ejército de Blake hasta la entrada de los desfiladeros de Vizcaya, los atravesó en su seguimiento sin perder un instante, y hacia la segunda mitad del mismo día llegó del otro lado de los montes cerca del pueblo de Espinosa, que era importante por su posición por hallarse situado en el punto de intersección de todos los caminos del llano y de la montaña. Desde Espinosa, en efecto, puede irse por una espaciosa carretera á Bilbao ó á Santander, si se quiere subir del llano á la montaña; y si por el contrario se quiere bajar de la montaña al llano, puede también tomarse un camino real que conduce á Villarcayo ó á Reinosa, y de este modo llegar á Burgos ó á León. Natural era por lo tanto que el general Blake tratara de hacer parada en aquel punto y de disputarlo con ahinco; y también era natural que el mariscal Víctor tratase de quitárselo, para lo cual contaba en caso necesario con la asistencia del general Lefebvre, sin embargo de haberle dejado sin el menor aviso. Lefebvre le había ido siguiendo por el mismo valle por un camino paralelo, pero un tanto á la izquierda y á retaguardia, y muy resentido de que su compañero, al emprender su

marcha de improviso, nada le hubiese dicho ni enviado á decir acerca de las operaciones que habían de llevarse á cabo de común acuerdo. Afortunadamente para aniquilar á Blake era bastante cualquiera de los dos cuerpos franceses enviados en su persecución: tan defectuosa era la organización de las tropas españolas y tan irresistibles las que Napoleón acababa de introducir en España.

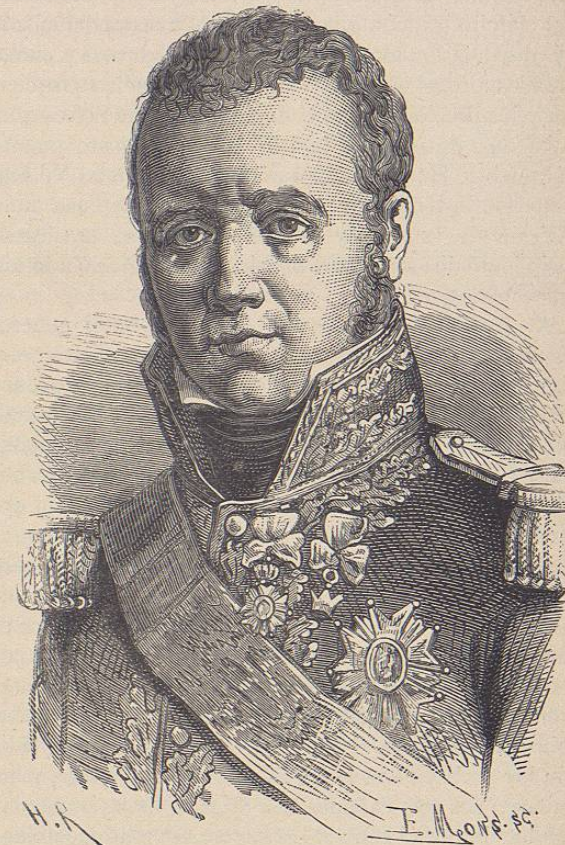
Llegado que hubo el mariscal Víctor sobre Espinosa de los Monteros hacia la mitad de la jornada del 10, se encontró con el general Blake apostado en unas alturas de difícil acceso, ocupadas asaz hábilmente. Quedábanle unos treinta ó treinta y dos mil hombres de los treinta y seis mil que tenía cuando iba la vuelta de Balmaseda, y seis cañones que había recibido de Reinosa, no habiendo podido llevar artillería consigo por causa de la aspeza de aquellas montañas. Ninguno de los dos ejércitos la tenía, y batíanse de ambas partes sin cañones ni caballos, sólo á tiros y bayonetazos. Podían todo lo más llevarse acémilas para conducir á lomo galletas y cartuchos.

Tenía el general Blake á su izquierda unas alturas montuosas y escarpadas, hacia su centro un terreno abierto, pero continuamente interceptado, y á su derecha la mesa de un cerro bastante elevado, aunque no tanto como las alturas de la izquierda, arbolada también y contorneada por el riachuelo Trueba, que naciendo en las montañas ciñe toda la espalda de aquella posición. Justamente el pueblo de Espinosa que el Trueba atraviesa estaba situado detrás del centro del ejército español. Lo que había de buscarse era, pues, inutilizar una ú otra de las alas del ejército español, repelerla sobre su centro y acorralarle todo entero hacia Espinosa, cuyo único puente no podía dar paso á un ejército fugitivo. Lo avanzado de la hora y lo corto de los días de noviembre no dejaban esperanza de hacer todo esto en una sola jornada.

Desembocando por el camino de Edesa el general Villatte, que sostenía la cabeza del cuerpo del mariscal Víctor, divisó al ejército español en aquella formidable posición con los seis cañones en el centro de su línea. No parecía el ejército enemigo desprovisto de seguridad, aunque siempre hubiese sido vencido desde el principio de las operaciones. Hizo avanzar el general francés la brigada de Puthod, compuesta del 27 ligero y 63 de línea; mandó al 27 ligero que repudiese á los españoles sobre las alturas en que se apoyaba su izquierda, y al 63 de línea que presentase la batalla delante de su centro para contenerle, y subió á la mesa arbolada en que apoyaban los españoles su derecha, con la segunda brigada que mandaba el general Puthod y se componía del 94 y 95 de línea. Había que acometer sin artillería á un ejército que estaba provisto de ella, aunque no con abundancia, é ir tomando todas las posiciones á tiros y bayonetazos. Por fortuna el bosque que estaba por medio no permitía hacer uso de otras armas que las que llevaban á la sazón los franceses. Los soldados de la Romana apostados en la mesa se defendieron bizarramente, y á favor del arbolado hicieron contra nuestras tropas un fuego mortífero: pero cerró con ellos el general Puthod venciendo todos los obstáculos con los batallones 94 y 95, metióse en el bosque y desalojó á los españoles, precipitando parte de ellos en el Trueba.

TOMO VII

Replegarónse los restantes sin gran desorden sobre su centro, que apoyaba la espalda en el pueblo de Espinosa, y mientras nuestra brigada de la izquierda sostenía aquella enérgica lucha contra la derecha del enemigo, el 27 ligero de la brigada de la derecha había estado tiroteándose todo el día con los españoles situados al pie de las alturas de su izquierda, y el 63 se había visto precisado á cargar repetidas veces á la bayoneta para contener á su centro. No dejaba este combate de ser



El mariscal Víctor

difícil, y bien hubiera podido hacerse de éxito incierto con otra clase de tropas, puesto que sólo seis ó siete mil hombres luchaban contra más de treinta mil; pero el mariscal Víctor que llegaba con las divisiones de Ruffin y Lapisse, se apresuró á apoyar por su derecha é izquierda á la división de Villatte, y hasta iba á empeñar el combate á fondo, cuando alzándose una densa niebla á cosa de las cinco, impidió á los dos ejércitos el verse y los obligó á aplazar el término de la acción para el siguiente día. Los españoles, creyéndose vencedores según su costumbre, sólo porque no habían sido completamente derrotados, encendieron fogatas alzando clamores de júbilo y proclamando su triunfo. Pero su satisfacción iba á ser muy poco duradera.

Al siguiente día volvió el mariscal Víctor á renovar el combate desde el alba con intención de hacerlo decisivo. Contaba con unos diez y siete ó diez y ocho mil hombres de infantería entre sus tres divisiones, número más que suficiente contra los treinta y tantos mil españoles con quienes tenía que habérselas (1). Ya la víspera

(1) Varias veces ha repetido Mr. Thiers que nuestras fuerzas eran de más de treinta mil hombres, y por consiguiente superiores



había hecho substituir á los regimientos 94 y 95 de línea, que habían estado batiéndose todo el día, el 9 ligero y 24 de línea de la división de Ruffin, apoyados á retaguardia por el 96 de línea. Estos tres regimientos del general Ruffin, que reemplazaban á la brigada de Puthod, estaban destinados á decidir la victoria á nuestra izquierda sobre la mesa contigua al Trueba. Había encargado el general en jefe á la primera brigada de la división de Lapisse, mandada por el general Maisón, que era uno de los oficiales más intrépidos y entendidos del ejército francés, que apoyase por nuestra derecha al 27, desalojase á los españoles de las escabrosas y enmarañadas alturas en que se hallaba establecida su izquierda, y los precipitase sobre Espinosa, donde no les quedaba otro escape más que el único y angosto puente del pueblo. Había hecho que el 63 del general Villatte estuviese sostenido en el centro por el 8 de línea de la división de Lapisse, y tenía de reserva el 54, último regimiento de esta misma división, para llevarlo adonde fuera menester.

Al quebrar el día emprendió su marcha el general Maisón á la cabeza del 16 ligero, que rivalizaba en ardimiento con el 27 ligero del general Villatte; trepó, sufriendo un terrible fuego perpendicular, por las alturas que estaban á nuestra derecha, las tomó á la bayoneta, mató á los españoles varios generales y considerable número de oficiales y soldados, y auxiliado por el 45, los arrolló en breve contra su centro, esto es, contra el pueblo de Espinosa. A este tiempo mismo el 63, que mandaba el valiente Moutón-Duvernet, y el 8, iban arrollando á los españoles de una en otra valla por el terreno bajo y dilatado que formaba el centro de la posición. Así tomando todas las bardas consecutivamente, fueron nuestros soldados acorralando á los españoles sobre Espinosa, en el momento en que el general Maisón los tenía ya arrollados sobre el mismo punto, y les quitaron sus seis cañones. La brigada de la izquierda, conducida por el general Labruyere, terminó igualmente su cometido y estrechó en un barranco del Trueba á la derecha de los españoles, donde se había ésta arremolinado haciendo una masa compacta, que presentaba el aspecto de un cuadro sólido, formado aparentemente para mejor resistir el ímpetu de nuestras tropas. Repelido el enemigo de todos los puntos á la vez contra el pueblo de Espinosa, cayó por fin en una confusión espantosa, rompió en desordenada fuga en todas direcciones, ya agolpándose contra el puente de Espinosa, ya precipitándose al lecho del Trueba para pasarlo á nado. Vióse entonces, en vez de una retirada, una inaudita derrota de treinta mil hombres espantados, que en el delirio del terror sólo tendían á salvarse apelotonándose con la confusión más lastimosa. Si el terreno hubiese sido llano y hubiésemos tenido caballería, no

en número á las francesas. Era cabalmente todo lo contrario: los nuestros no llegaban á veintidós mil combatientes. Pero hay además que mencionar otra circunstancia que el autor calla y que hace todavía mayor la ventaja de los franceses, y es, que el ejército de Blake estaba hambriento, y el de Víctor y Lefebvre provisto de todos los bastimentos necesarios. Véase la narración de la batalla de Espinosa por el conde de Toreno, que tanto realza con su natural elocuencia el mérito contraído por los nuestros en su primera jornada, tan gloriosa cuanto desgraciada por la muerte de dos de sus mejores jefes, el conde de San Román y don Francisco Riquelme.

(N. del T.)

habría quedado uno libre. Tiraban nuestros soldados de arriba abajo sobre aquel confuso hormiguero, repeliéndole á bayonetazos, y así mataron ó hirieron á más de tres mil hombres; pero cogieron sólo unos cuantos centenares de prisioneros, por no poder alcanzar á la carrera á tan ágiles montañeses. Perdimos entre muertos y heridos cerca de mil cien hombres, número en verdad considerable tratándose de una acción contra españoles, debido principalmente á la naturaleza del terreno que había sido necesario tomar. Pero no se limitó nuestra ganancia á los prisioneros que cogimos; porque dejamos al ejército de Blake completamente desorganizado. Desesperado el general español, privado de casi todos sus lugartenientes, muertos unos y otros heridos, se vió enteramente sin ejército. Los asturianos se habían desparado confundidamente por la carretera de Santander; los restos de las tropas de línea de la Romana y de Galicia iban huyendo por Reinosa camino de León; otro destacamento huía por el camino de Villarcayo con la esperanza de evitar el encuentro de los franceses; la mayor parte arrojaron los fusiles, y se dispersaron por la campiña resueltos á no volver á tomar las armas. Podían ciertamente recobrar el valor tan pronto como lo habían perdido, mas por entonces quedaba completamente anulado, si no para siempre al menos para mucho tiempo, el ejército de León y de Galicia que se había destinado para cortar en Mondragón la línea de operaciones del ejército francés.

Entretanto el mariscal Lefebvre, que por su parte había desembocado por las montañas en la llanura por otro camino distinto del que había seguido el mariscal Víctor, se aproximó al oír el tiroteo para reforzar á su compañero, de quien no había recibido comunicación alguna. Acudía muy á tiempo para poder proteger su izquierda; pero como no advirtió la necesidad de su auxilio, tomó el camino de Villarcayo que se le presentaba como el más expedito para llegar á Reinosa. Encontróse en su marcha con el destacamento de Blake que se retiraba en la misma dirección, hizo que le acometiese la división de Sebastiani, le puso en dispersión, le cogió muchas armas y heridos, además de un número considerable de prisioneros útiles, y llegó el 11 por la noche á Villarcayo.

Pasó el mariscal Víctor en Espinosa lo restante del día 11 y todo el día 12, no pudiendo llevar más adelante sus soldados por estar rendidos con las marchas que habían hecho en aquellas montañas, por haber roto el calzado, quemado casi todos sus cartuchos y consumido casi toda la galleta que llevaban en los sacos. Por otra parte, había poca esperanza de alcanzar á los cinco ó seis mil hombres que le quedaban al general Blake, por la presteza con que marchaban y la facilidad con que se diseminaban y perdían. Sólo la caballería, introducida ya en las llanuras de Castilla, ó las tropas del mariscal Soult, si no acudían demasiado tarde, podían detenerlos y hacerlos prisioneros. Llegó el general Blake el 12 á Espinosa, donde se hallaban establecidos todos los depósitos del ejército español, y sin detenerse en el pueblo, se apresuró á tomar la vuelta de León por el camino de la montaña.

El mariscal Soult, que había salido de Burgos el 13 de madrugada y avanzado por el camino de Huermez hacia Canduela, dió sobre una partida fúgitiva de dos

mil hombres que iba escoltando un convoy de cuarenta y dos carros de fusiles, bagajes y enfermos, dejó el encargo de batirla á sus dragones, que se cebaron en sangre y carnicería, y fué á hacer noche á medio camino de Reinosa. Entró en el pueblo al día siguiente, y se apoderó de todos los pertrechos del ejército de Blake, de treinta y cinco cañones, de quince mil fusiles y de una considerable cantidad de municiones de toda especie, procedentes de Inglaterra. Reuniósele el mariscal Lefebvre, y después de conferenciar con él, tomó la vía de Santander para ir según sus instrucciones á sojuzgar á los indómitos astures.

Tan interceptadas estaban las comunicaciones, que no supo Napoleón hasta la noche del 13 al 14 la noticia de la batalla decisiva dada el 11 en Espinosa al ejército de Blake. No había un punto desconfiado del éxito; pero empezaba á advertir con pesadumbre que la victoria, aunque siempre segura contra los españoles, no producía, por la gran dificultad de darles alcance, los resultados que en otras partes. Estaba persuadido de que aunque el mariscal Soult llegase á tiempo á Reinosa, no lograría sino hacer todavía mayor la dispersión ya comenzada, ni cogería muchos prisioneros. Sólo el sable de los jinetes ofrecía alguna esperanza. En esta persuasión, envió orden al general Milhaud de extenderse con sus dragones por todos los caminos de Castilla la Vieja, y mandó á las otras divisiones de la propia arma reunirse con Milhaud para seguir el alcance en todos sentidos, y acuchillar sin piedad á cuantos prófugos del ejército de Blake se divisasen.

Destruída la izquierda de los españoles, tratábase de caer sobre su derecha y hacer con ella otro tanto. A este fin mandó Napoleón al mariscal Víctor, después de haber dejado descansar al primer cuerpo en Espinosa y de haberse asegurado de que el mariscal Soult no tendría ya que habérselas sino con fugitivos, que tomase el camino de Burgos para irse á reunir al cuartel general según sus primeras instrucciones. Mandó al mariscal Lefebvre, que siempre se estaba quejando de tener poca gente, por haber dejado dos mil alemanes en Bilbao y no contar ya con la división de Villatte ni tener aún á los polacos, que se estableciese en Carrión con los nueve ó diez mil infantes que le quedaban, descansase allí, reuniese su artillería y sus rezagos y sirviese de vínculo entre el mariscal Soult, que iba á recorrer el principado de Asturias, la caballería de Milhaud destinada á explorar los llanos de Castilla y el cuartel general que se disponía á operar desde Burgos sobre Aranda. Estando en Carrión, hallábase en efecto el mariscal Lefebvre á igual distancia con respecto á Reinosa, León, Valladolid y Burgos, y proponíase Napoleón aproximarse al camino de Madrid, bien por Aranda, ó bien por Segovia, en cuanto le substituyese el cuerpo de Junot sobre los flancos del mariscal Soult.

Como el mariscal Víctor debía reunirse en breve, y además conservaba al mariscal Lefebvre para darse por su medio la mano con el mariscal Soult, no vaciló ya Napoleón en privarse del auxilio de Ney para que maniobrase á las espaldas del ejército de Castaños. Quedándose, pues, en Burgos con la guardia y parte de la caballería solamente, desde la madrugada del 14 encaminó al valiente mariscal á la cabeza de las divisiones de Marchand y Dessoles en dirección de Lerma y

Aranda. Proponíase en cuanto el mariscal Ney estuviese en Aranda, situarle hacia la izquierda sobre Osma, Soria y Agreda, viniendo así á ocupar las espaldas del ejército de Castaños, cuyo cuartel general se hallaba establecido en Cintruénigo, entre Calahorra y Tudela. Debía el mariscal Ney marchar sobre Aranda sin pérdida de tiempo, aunque sin precipitación, de modo que pudiese llegar en buen estado á situarse detrás de una inmensa línea de caballería que iba á extenderse por la llanura hasta la falda del Guadarrama, alta y dilatada sierra que defiende por el Norte á Madrid y divide las dos Castillas.

Encargó Napoleón al mariscal Moncey que no verificase movimiento alguno sobre el Ebro, para evitar el inspirar recelos á Castaños, sino que se mantuviese en posición de poder operar á la primera señal. Había reunido en Logroño, como ya hemos dicho, la división de Ney, que había quedado rezagada, y la antigua división de Bissón, mandada actualmente por Lagrange. Después de restituírle su artillería le dejó la caballería ligera de Colbert, antes agregada al sexto cuerpo, y juntamente la brigada de dragones del general Dijeón. Reunida enteramente esta división en Logroño, donde había estado descansando, con un solo paso que diese podía juntarse con las tropas de Moncey, formando entonces una masa de treinta mil combatientes, parte de ellos de tropas veteranas, número suficiente para impeler á Castaños y Palafox contra Ney que salía de Soria, ponerlos entre dos fuegos y derrotarlos. Si salía bien una maniobra tan brillante, el cuerpo de Castaños iba á ser cogido por completo, ó por lo menos en cuanto podía hacerse prisionero un cuerpo de soldados españoles, siempre diestros para ponerse en salvamento abandonando sus filas. Pero para que no se frustrase, era menester que el mariscal Moncey, estando dispuesto á maniobrar, no maniobrara, y que el mariscal Ney acelerase su marcha de modo que se situase sobre las espaldas del ejército de Castaños antes que éste advirtiera su movimiento. Aunque Napoleón estimaba al mariscal Moncey, sin embargo, no creía que su carácter fuese bastante resuelto para confiarle un mando de grande importancia. Tenía á su lado al ilustre Lannes, que empezaba ya á restablecerse de una caída de caballo muy peligrosa, y le destinaba al mando de todas las tropas reunidas en el Ebro. Iba, pues, el ejército español de la derecha á verse estrechado y según toda probabilidad deshecho entre los dos brazos de hierro de Lannes y Ney. Esperó Napoleón para dictar sus últimas órdenes que el mariscal Ney, que había vuelto á salir de Burgos, llegase á Lerma y Aranda, desde donde, según las instrucciones que se le habían comunicado, debía torcerse después á la derecha, camino de Soria.

Mientras desplegaba Napoleón tanta actividad, que, no bien llegado á Vitoria y tranquilizado acerca del incidente ocurrido con la división de Villatte en Balmaseda, envió al mariscal Soult á Burgos, y no bien dueño de Burgos, envió al mismo mariscal contra Blake, y en cuanto fué derrotado éste, despachó contra Castaños al mariscal Ney; mientras desplegaba, repetimos, tanta actividad, tanta ciencia estratégica contra unos ejércitos que quedaban vencidos en cuanto se les atacaba de frente, la junta central de Aranjuez y toda la corte de generales y de realistas demagogos que la rodeaban ad-